



Seix Barral

Juan José Saer

El río sin orillas





Seix Barral Biblioteca Breve

Juan José Saer
El río sin orillas
Tratado imaginario

Espanto y vulgaridad son el patrimonio principal de los aviones. No contentos con colocarnos, a toda velocidad, de la tierra firme en que estábamos, a diez mil metros de altura, poniendo a prueba la paciencia de sus motores, los profesionales de lo aéreo agravan la situación creyéndose obligados a munirnos de un entorno agradable, que para ellos se encarna en todos los lugares comunes que ha concebido la cultura del ocio: sonrisa estereotipada de las azafatas, voz melosa en dos o tres idiomas del *steward*, *free shop* donde se vende a precio ventajoso lo superfluo, visión obligatoria del film que hemos evitado cuidadosamente en los últimos meses, bombardeo, por suerte casi inaudible, en nuestros auriculares de plástico, con las “mercancías musicales” cuyos mecanismos falsamente artísticos ya desmanteló Adorno hace varias décadas en “*Quasi una fantasia*”. En, como se dice, dos patadas, los cuatrocientos pasajeros, orgullosos de adherir a un sistema que preserva la iniciativa individual, arracimados en la cabina decorada según las reglas más pequeñoburguesas del gusto moderno, pasan a ser la materia prima con la que el reino de la cantidad amasa sus acontecimientos descabellados. En los largos vuelos intercontinentales, a estas calamidades hay que agregar la diferencia horaria, el cambio de clima, la fatiga nerviosa, el hartazgo.

Desde 1982, o sea después de la Guerra de las Malvinas y de la declinación del poder militar en la Argentina, vengo sometién dome, una o dos veces por año, a esa gim-

nasia. Es sabido que el mito engendra la repetición y que la repetición la costumbre, y que la costumbre el rito y que el rito el dogma; y que el dogma, finalmente, la herejía. El mito de reencontrar los afectos y los lugares de mi infancia y de mi juventud me incitó a efectuar esos viajes repetidos que se han transformado, después de casi una década, en una costumbre, lo bastante monótona como para generar, desde el punto de vista del placer, una ambivalencia notoria. Al igual que las sacerdotisas de Delfos, es por medios artificiales que debo incentivar, antes de la partida, el entusiasmo. Cada vez, los actos acostumbrados han ido haciéndose, a causa de su invariabilidad, más y más inexorables y típicos, hasta adquirir la rigidez obsesiva de un ritual, en cuya observancia puntillosa las compañías comerciales de transporte aéreo y yo colaboramos en igual medida. Así, entre el almuerzo de despedida en París que se prolonga hasta bien entrada la tarde, y el asado de bienvenida en Buenos Aires al día siguiente, despegues, aterrizajes y escalas, siempre los mismos, producen en mí las mismas sensaciones, los mismos estados de ánimo, las mismas asociaciones e incluso los mismos pensamientos que más de una vez me han parecido novedosos hasta comprobar que ya los había consignado en mi libreta de apuntes en algún viaje anterior. A la excitación de la partida, van sucediendo, al cabo de las horas, la irritación a causa del encierro y de la proliferación de banalidad, el mero sueño del que nos saca alguna que otra turbulencia, en la negrura amenazante de la noche y del océano, hasta que el alba despunta en Río de Janeiro, con el último despegue y, antes de la impaciencia final, se instala en mí una especie de somnolencia nerviosa, un marasmo vagamente hormigueante.

Entre Río de Janeiro y Buenos Aires, el avión se vacía de esos brasileños vistosos que, como si se tratara de una hazaña inesperada del piloto o de un suplemento de espectáculo que no estaba incluido en el precio del billete, aplauden los aterrizajes con tanto entusiasmo que los argentinos, un

poco más escépticos y aprensivos, nos miramos con inquietud disimulada, preguntándonos si al piloto, embriagado por el éxito popular de su maniobra, no le vendrá la idea, común en todo artista festejado, de hacer un bis para halagar a su público. Modernidad y oscurantismo conviven bien en los aviones: también ejecutivos y *top models* se persignan durante las turbulencias.

Una mañana, de primavera como corresponde, a mediados de la década pasada, una mañana en que veníamos con atraso, hubo un momento mágico en el avión semivación. Ya íbamos llegando, y aunque debíamos haber aterrizado en Buenos Aires a las siete y media de la mañana, ya era cerca de mediodía. Desde hacía un buen rato, el avión había iniciado las maniobras de aterrizaje en un cielo tranquilo, claro y despejado. Yo me dejaba estar en mi asiento, observando a los grupitos que conversaban y se reían, hombres en general, deshilvanando *charlas de café* cordiales e intrascendentes, bajo la mirada escéptica de sus mujeres acurrucadas bajo las mantas. El ronroneo constante de los motores apagaba un poco las voces, en las que por el acento y la entonación de las frases más que por el significado de las palabras, me parecía distinguir, distante y fragmentario, algún sentido. *Calma y viaje dichoso*, el título de una composición de Mendelssohn, con el que desde hacía años había tratado infructuosamente de escribir un poema, se presentó de inmediato en mi memoria, y me di cuenta de que esas conversaciones apagadas que oía desde mi asiento, me recordaban las conversaciones de adultos que, antes de dormirse, los chicos oyen desde la cama. Hay un estado de la fatiga que puede ser delicioso, cuando dejamos de luchar contra ella y la tensión se relaja, induciéndonos al abandono y a la irresponsabilidad —ese momento que puede ser también, según Freud, la hora del lobo, en la que, descuidando la vigilancia de la represión, el inconsciente aflora y desmantela nuestra reserva, la hora de las asociaciones inesperadas, de las emociones ocultas y de lo arcaico. De pronto dejé de estar en el avión para

encontrarme en alguna remota mañana de Serodino, en mi pueblo, una de esas mañanas soleadas y desiertas de los pueblos de la llanura, de modo que me vino, durante varios minutos, una impresión de unidad, de intemporalidad y de persistencia. Durante esos instantes el ritual, desgastado por la costumbre, recuperó, en la situación más adversa, el mito inextinguible.

Fue en ese mismo instante cuando, desde la cabina de comando, el piloto nos acordó, por los altoparlantes, en los tres idiomas habituales, castellano, inglés y francés, una gracia suplementaria. Harto tal vez de incitarnos a admirar, por reglamento, la consabida ciudad de Casablanca en el amanecer, el infaltable Cristo del Corcovado en los despegues de Río y un Porto Alegre puramente nominal, nos informó que a nuestra derecha podíamos contemplar, si lo deseábamos, “el punto en que confluyen el río Paraná y el río Uruguay para formar el Río de la Plata”. Ese anuncio inhabitual, que fue la primera y última vez que escuché en los vuelos a Buenos Aires, fue quizás un simple capricho del piloto deseoso de hacernos partícipes de su panorama, o a lo mejor un pensamiento formulado en voz alta, autodescriptivo de su percepción, que, a causa del prolongamiento sonoro de los altoparlantes, se propaló por todo el avión, desde la cabina de comando hasta la cola. Lo cierto es que los que nos asomamos a las ventanillas de la derecha pudimos admirar, con la nariz pegada al vidrio para abarcar el campo visual más amplio posible, el famoso punto de confluencia.

La distancia, eliminando accidentes y rugosidades, resuelve todo en geometría: ese peñasco estéril y poroso que llamamos luna, se estiliza en círculo perfecto para nuestros ojos inventivos que, incapaces de ver los detalles, le otorgan la apariencia de un arquetipo. Del mismo modo, el que primero llamó “delta”, por su similitud con la mayúscula griega, a la confluencia de dos ríos, debió ser alguien que la estaba mirando desde lejos y en la altura, porque de otro modo no hubiese podido percibir el vértice perfecto que

forma la tierra firme en el punto en que los dos brazos de agua se reúnen. El triángulo de tierra, de un verde azulado, apretado por las dos cintas inmóviles casi incoloras, yacía allá abajo, en medio de una inmensa extensión chata del mismo verde azulado, inmóvil, inmemorial y vacía, de la que yo sabía, sin embargo, mientras la observaba fascinado que, como todo terreno pantanoso, era una fuente inagotable de proliferación biológica. Visto desde la altura, ese paisaje era el más austero, el más pobre del mundo —Darwin mismo, a quien casi nada dejaba de interesar, ya había escrito en 1832: “no hay ni grandeza ni belleza en esta inmensa extensión de agua barroza”—. Y sin embargo ese lugar chato y abandonado era para mí, mientras lo contemplaba, más mágico que Babilonia, más hirviente de hechos significativos que Roma o que Atenas, más colorido que Viena o Amsterdam, más ensangrentado que Tebas o Jericó. Era mi lugar: en él, muerte y delicia me eran inevitablemente propias. Habiéndolo dejado por primera vez a los treinta y un años, después de más de quince de ausencia, el placer melancólico, no exento ni de euforia, ni de cólera ni de amargura, que me daba su contemplación, era un estado específico, una correspondencia entre lo interno y lo exterior, que ningún otro lugar del mundo podía darme. Como a toda relación tempestuosa, la ambivalencia la evocaba en claroscuro, alternando comedia y tragedia. Signo, modo o cicatriz, lo arrastro y lo arrastraré conmigo dondequiera que vaya. Más todavía: aunque trate de sacudírmelo como a una carga demasiado pesada, en un desplante espectacular, o poco a poco y subrepticamente, en cualquier esquina del mundo, incluso en la más imprevisible, me estará esperando.

Heidegger pretendía que después del griego, el idioma alemán era el hogar natural de la filosofía y el suelo alemánico, gracias a quién sabe qué efluvios misteriosos, la cuna indispensable de poetas y filósofos. A mi modo de ver, es obvio que el Ser no tiene ninguna preferencia idiomática y que el sur de Alemania, como cualquier otra parcela del plane-

ta, es el resultado de simples contingencias geológicas, ni más ni menos que ese lugar vacío que contemplaba desde el avión, pero el sabor del mundo, dulce o amargo, lo experimenté primero en esas regiones, que son mi referencia empírica y le dan a todo lo vivido después de haberme ido de ellas, la mundanidad de un tanteo comparativo. A pesar de su superioridad cultural, económica y técnica, después de veintidós años Europa sigue siendo para mí un continente vagamente irreal, del que se me escapan un poco tanto los actos como las intenciones que los dirigen. Todo esto, desde luego, es de orden psicológico y no implica ninguna actitud valorativa. Muy por el contrario: en cierto sentido, la vida en Europa ha sido para mí más gratificante que los años pasados en la Argentina, pero todas las ventajas objetivas que he podido obtener, de lo más módicas por otra parte, es como si hubiesen beneficiado a algún otro, un usurpador no muy convencido de que, tarde o temprano, no tendrá que rendir cuentas, a tal punto el verdadero, el que nació y se crió en la llanura austera, se había preparado a un porvenir menos comfortable.

Las sucesivas catástrofes políticas, económicas, sociales y morales que han asolado a la Argentina en los últimos 35 años, han perturbado de algún modo la sucesión de generaciones, hecho del que el ejemplo más terrible, hace una década, podría resumirse con la queja intolerable de Sófocles, según la cual en épocas turbulentas se invierte el orden natural de las cosas, y son los padres quienes entierran a sus hijos. Esos años atroces arrojaron una luz retrospectiva sobre la historia de la región; una luz cruda que reveló muchos rastros sangrientos. El desdén de muchos por las inconsecuencias de la vida intelectual y social se transformó en horror, y los discursos falsamente conciliadores que se profieren en la actualidad, no logran ocultar rencores legítimos y duraderos, que anuncian todavía muchas horas difíciles en los años que se avecinan. Pero un lugar es siempre más rico que su injusticia, su escarnio y sus violencias,

y es justamente esa riqueza lo que hace a estos últimos más intolerables. De ahí que en este libro haya un poco de todo, como cuando abrimos el cajón de un mueble viejo y encontramos, entremezcladas, reliquias que se asocian al placer o a la desdicha. Digamos que, habiendo recibido el encargo de construir un objeto significativo, abro el cajón, lo vuelco sobre la mesa, y me pongo a buscar y examinar los residuos más sugestivos, para organizarlos después con un orden propio, que no es el del reportaje, ni el del estudio, ni el de la autobiografía; sino el que me parece más cercano a mis afectos y a mis inclinaciones artísticas: un híbrido sin género definido, del que existe, me parece, una tradición constante en la literatura argentina —o en mi modo de interpretarla.

El género, tan en boga entre los anglosajones, llamado *non-fiction*, podría corresponder a este libro, si ese género no me inspirara tantas reticencias, que podrían resumirse de la siguiente manera: todas esas biografías, memorias o reportajes que comercian con lo narrativo, suelen presentarse como el vehículo de la realidad más inequívoca y de la verdad más escrupulosa, sin que previamente sus autores hayan interrumpido unos minutos el flujo de sus experiencias tan verídicas para meditar un poco sobre los conceptos de verdad y de realidad. No siempre la ficción es voluntaria, y a menudo sus floraciones sutiles transgreden los protocolos del cronista más vigilante. Por eso declararme sin resquemores en el campo de la *non-fiction*, me daría tal vez la ilusión de cultivar un género literario muy aceptado por el público actual, pero no disminuiría mis dudas acerca de la veracidad de lo que estoy contando. Digamos por lo tanto que en este libro no hay un solo hecho voluntariamente ficticio. Todo lo que se cuenta, proveniente de libros, de referencias orales y de experiencias personales, ha efectivamente acontecido, según las pobres reglas de que disponemos para determinar el suceder verídico de un acontecimiento, o mejor, para eludir toda vanidad metafísica, de ciertos

acontecimientos que ocurrieron en un pasado impalpable y en regiones salvajes y solitarias, y cuyas referencias han llegado hasta nosotros a través de un número indefinido de fuentes intermediarias. La ausencia de ficción debe entonces entenderse en el sentido estricto de ficción voluntaria al que acabo de aludir, y ella resume mi única probidad, y si bien se trata de un límite constrictivo, no deja de tener su lado estimulante, ya que me obliga a intentar la elaboración de un texto narrativo en el que, faltando el elemento ficticio que a menudo preside su organización, estoy obligado a replantearme mi estrategia de narrador.

Venía diciendo que este libro es fruto de un encargo: aunque no me hayan encomendado escribir sobre el Tíber, el Volga o el Zambeze, limitando mi posible legitimidad al Río de la Plata, más de un lector riguroso fruncirá el entrecejo con el fin de denotar, con clasicismo gestual, un escepticismo razonable. Yo mismo he compartido ese escepticismo en las primeras etapas de este trabajo a causa, me parece, de dos razones principales: la primera, dictada superficialmente por mi modestia, que me hacía sentir incapaz de abordar un género nuevo, algunas de cuyas leyes me eran impuestas del exterior; la segunda, por mi soberbia, ya que, concibiéndome a mí mismo como artista libre, podía parecerme insultante tener que plegarse a los designios de un editor. Al cabo de dos o tres semanas de *rumiación mental* —apelación con que nuestro país ganadero designa cierto tipo de raciocinio mórbido—, y habiendo perdido algunas ilusiones sobre el carácter absoluto de mi independencia, llegué a la conclusión de que, al fin de cuentas, el encargo había removido en mí infinitas visiones y posibilidades haciendo coincidir, como se decía hasta hace muy poco, libertad y necesidad.

La *Carta a Freddy Buache*, de Jean-Luc Godard, es un cortometraje en el que el cineasta suizo le explica a su amigo, director de la Cinemateca de Ginebra, cuál es la mejor manera de desviar de sus fines un film de encargo. La *Carta*

fue filmada con el dinero de una subvención que la Municipalidad de Ginebra le otorgó a Godard para que exaltara las bellezas de la ciudad. (Borges compartía con el Consejo Municipal de Ginebra ese punto de vista estético, pero no debemos olvidar que Borges era ciego.) Aunque desviar de sus fines los fondos municipales sea una costumbre arraigada entre concejales e intendentes, y Godard por lo tanto no hacía más que inscribirse en una tradición planetaria, debo decir que no comparto su proceder, sin que haya ninguna razón moral en mi desaprobación. Para ser más exactos, no es que desapruuebe su actitud, sino que la considero impensable en mi propio caso: la feliz libertad de un artista europeo, que le permite, llegado a un punto de su carrera, realizar tal acto o su contrario sin por ello dejar de ser celebrado en tanto que artista, no me ha sido otorgada en tanto que escritor argentino. Mi problema consiste en llegar a existir como tal y en mantener, a fuerza de laboriosidad mezquina y de seriedad comercial, esa existencia. Una vez aceptado el encargo, cuya posibilidad, dicho sea de paso, parece ya improbable antes de que se confirme, no cumplirlo significaría refluir, después de haber tentado trabajosamente de existir, al campo de la inexistencia. Y que no se trata de meros pruritos personales, la Municipalidad de Ginebra podría comprobarlo proponiendo subvenciones a tantos hombres de talento dispersos e inactivos en todo el territorio argentino.

Aceptado el encargo, firmado el contrato, digerido el almuerzo ritual entre las partes que puntúa, en París y en otras capitales del mundo, no pocas transacciones artísticas, empiezan, para el autor devuelto a su mesa de trabajo, los verdaderos problemas. El primero que se me planteaba —sin querer compararme desde luego al ilustre científico que tantos adeptos tiene en la Argentina— es semejante al que encontró en 1973 el doctor Lacan cuando le propusieron explicar su doctrina en dos charlas televisivas: *Qu'on ne croie pas pour autant que j'y parle a la cantonade*, advirtió, detrás de su moño y con gestos y ademanes llenos de sobreentendidos, el gran

psicoanalista. La cuestión puede resumirse de la siguiente manera: alguien me sugiere que hable para idiotas, no en el sentido insultante que el vocablo posee desde 1869, sino en el etimológico de *profano*, *lego en una profesión*, pero existe el problema de que algún *no idiota* puede estar escuchándome y juzgando mis palabras; y, por otra parte, lo que yo digo es tan válido para especialistas como para profanos. Aunque ser argentino no sea exactamente una especialidad, escribir un libro para lectores europeos tiene el inconveniente de que ese libro puede ser examinado con criterios más exigentes por sus lectores argentinos, de modo que, inevitablemente, debo resolver esa primera dificultad.

Como ha hecho con tantos otros dilemas, mucho más graves que el que ahora nos ocupa, el doctor Lacan resolvió con rapidez la cuestión, con lo que queda dicho más arriba justamente, o sea que su discurso televisivo se dirigía a un solo público, del que poco importa que haya estado compuesto igualmente de especialistas y de profanos. Poca gente sostiene todavía que una cabra se encuentra en posición dominante para juzgar la pertinencia de un tratado sobre los mamíferos, pero, inversamente, los egresados del laboratorio de antropología de la École Pratique, ya han renunciado, durante su primer trabajo de campo, a enseñarles el uso del arco a los indios del Mato Grosso. En todo caso, ninguna de estas dos supersticiones ha formado nunca parte de las convicciones de la literatura. Estos rodeos tienen como objetivo facilitar la confesión siguiente: aparte de su prescindencia de todo elemento de ficción voluntaria, me gustaría que este libro no se distinga en nada de los que ya he escrito, de narrativa o de poesía, sobre todo porque, al igual que ellos, no se dirige a ningún lector en particular, ni especialista ni lego, ni argentino ni europeo.

Resueltos estos problemas, o postergada su resolución hasta el momento decisivo de la escritura, sólo me quedaba una última tarea antes de emprender la redacción propiamente dicha: la vuelta, para refrescar mis experiencias y

completar mi información, al lugar *del hecho*. Así que el lector debe imaginarme, después del consabido almuerzo que se prolonga hasta bien entrada la tarde, sentado en la penumbra del avión, insomne, a las dos o tres de la mañana, mientras el resto del pasaje duerme, flotando a diez mil quinientos metros de altura, entre el doble abismo de la noche y del océano. Desde el primer despegue de París, a causa del libro por escribir, todo o casi todo ha venido pareciéndome significativo, y, como de costumbre, al sacar la libreta de apuntes para anotar en ella, a la luz del pequeño reflector individual, algún pensamiento inédito, he descubierto que ya lo había consignado en algún viaje anterior, con una escritura temblorosa debida a las vibraciones constantes del aparato. El alba rosa nos despidió en Río de Janeiro, adonde habíamos llegado al final de la madrugada. Y por fin, en la mañana fresca de primavera —es el mes de octubre— aterrizamos en Buenos Aires. Después de quince horas de vuelo, el suelo firme y chato que pisamos nos transmite, desde la planta de los pies, subiendo hacia la cabeza a través del cuerpo entumecido, una sensación de realidad.

Dos o tres amigos me esperan en el aeropuerto, y después de las formalidades aduaneras y de los abrazos, emprendemos en auto el viaje desde el aeropuerto a la ciudad. Como mis regresos tienen lugar casi siempre en la misma época, la misma mañana límpida de primavera, bajo un cielo azul en el que no se divisa una sola nube, destella en la llanura desierta que se extiende hasta el horizonte desde los costados del camino. En dos cosas, aparentemente contradictorias, coinciden muchos de los numerosos viajeros que han escrito sobre el Río de la Plata: en la clemencia deliciosa de su clima, y en las tormentas frecuentes y espantosas que estallan en la región. Las dos cosas son rigurosamente ciertas y, en una misma estadía e incluso en una misma tarde, tuve oportunidad de comprobarlo. Del aeropuerto, después de una media hora de camino, llegamos, en el lindo barrio de Caballito, sector que ocupaban cooperativistas, socialistas y uto-

pistas en las primeras décadas del siglo, a la casa de mis amigos Juan Pablo Renzi y María Teresa Gramuglio, que me alojaban desde hace años durante mis estancias en Buenos Aires —son los dos de Rosario, pero en 1975, las reiteradas amenazas de los grupos paramilitares los obligaron a venir a trapapelarse en la Capital, hasta anclar por fin en esa casa mágica llena de los magníficos cuadros de Renzi y de otros pintores argentinos. Otros amigos empiezan a llegar, mientras se dora el asado en la terraza. Y el día pasa en polémicas, bromas, historias, juegos, hasta que, al anoecer, rendidos, Juan Pablo, María Teresa y yo nos ponemos a mirar algún film en la televisión, como un suplemento de irresponsabilidad que añadimos a nuestra fatiga para perfeccionar ese abandono de toda vigilancia crítica que nos permite entregarnos al sueño.

Debo registrar que, al enterarse de mi proyecto, muchos de mis amigos se creían obligados a suministrarme pistas, datos, bibliografía, orientaciones según ellos indispensables para su realización: ya en pleno vuelo, la noche anterior, uno de ellos, con el que coincidimos en el viaje, me espetó, con un tono de advertencia amenazadora: “¿Sabías que la superficie del Río de la Plata (34.000 kilómetros cuadrados) es equivalente a la de Holanda?” En esa desmesura, mi amigo veía ya una dificultad, como si yo debiese, no escribir sobre el estuario, sino atravesarlo a nado. Ya en Buenos Aires, durante la fiesta de bienvenida, varios de los presentes me aportaron, como se le traen objetos útiles al viajero que está por iniciar un trayecto largo y engorroso, anécdotas, referencias y visiones. Y del mismo modo que el viajero observa, con desaliento disimulado por la cortesía, acumularse en sus valijas la pila de objetos inútiles de los que había decidido prescindir, y que ahora deberá cargar durante todo el viaje, yo escuchaba todos esos detalles pertinentes relativos a mi tema, y me iba dando cuenta de que, como sucede con todo objeto de este mundo y aun con el mundo como objeto, hay tantos Ríos de la Plata como discursos se profieren sobre él.

El fragmento de Heráclito, *No se entra dos veces en el mismo río*, y aun la variante radical de uno de sus discípulos, *Nadie entra nunca en ningún río*, podría admitir, para la circunstancia, una versión más adecuada: cada uno trata de entrar, infructuoso, como en un sueño, en su propio río.

“Sí; los árabes llaman a la palmera joven *al-yatit*, *al-wadi*, *al-hira*, *al-fasil*, *al-asa*, *al-kafur*, *al-damd* y *al-igrid*; cuando grana el dátil lo llaman al *al-sayad*, y al verdear, antes de endurecerse, al *yadal*; cuando se hace grande, *al-busr*; cuando en su piel aparecen estrías, *al-mujattam*; cuando su color verde se torna rojizo, *suqha*; rojo del todo es *al-zahw*; cuando muestra un punto de madurez se dice que comienza a tener manchas y es entonces *busra m'uwakketa*; al tiempo de cosecharlo es *al-inad*; cuando se oscurece por la parte del pedúnculo es *mudanniba*; cuando la madurez cubre su mitad se le llama de dos maneras: *al-mujarra* y *al-muyazza*; cuando cubre los dos tercios *hulqana*, y cuando está totalmente en sazón es *munsabita*.”

Y ésta es una pequeña muestra, una gota de nuestros mares, agrega, para perfeccionar su jactancia, el poeta Ibn Burd. Muchas palabras para nombrar la misma cosa, o una palabra específica para cada uno de los aspectos infinitos de la infinitud de cosas, tales son las dificultades que presenta el acto de escribir y de las que algunos, con puerilidad inesperada, como Ibn Burd, se enorgullecen. En ese sentido, el Río, a pesar de su desmesura geográfica, con su profusión de recodos y de acontecimientos, es más vasto e inabordable, no ya que Holanda, sino que el universo entero. Su historia, oscura y marginal en comparación con las realizaciones prestigiosas de Oriente y de Occidente, hierve de héroes, de sabios y de tiranos. En la geografía abstracta de la llanura, en el vacío sin fin del desierto, ciertos actos humanos, individuales o colectivos, ciertas presencias fugitivas, han adquirido la perennidad maciza de las pirámides o de las catedrales. Y si flotan, aéreas en la transparencia de la llanura, revelando su carácter de espejismos, no debemos olvidar

que, desde cierto punto de vista, catedrales y pirámides no son otra cosa.

Como quiera que sea, al día siguiente de mi llegada, me puse en campaña para empezar a recoger el material indispensable a la realización de mi tarea. Según una de las dos observaciones invariables y contradictorias de los muchos viajeros que han llegado hasta la región, era una mañana espléndida, soleada, tibia y sin una sola nube en todo el cielo que, como es sabido, en la llanura es mucho más visible que en otras geografías, más accidentadas. En el taxi que me llevaba al centro, el bullicio matinal de Buenos Aires iba en aumento a medida que nos acercábamos, rodando por las largas avenidas arboladas, con las ventanillas abiertas y la radio a todo vapor, gozando de una sensación de identidad y pertenencia que irían corroyendo poco a poco, como en todos los otros viajes, con pertinacia, los recuerdos intolerables y las desilusiones. El barrio de Caballito, a media hora de taxi del centro, se encuentra hacia la mitad de la avenida Rivadavia, *la más larga del mundo*, como no dejan de recordarlo los argentinos cada vez que pueden, para consolarse tal vez con ese récord debido al mérito de la casualidad y no al de nadie en particular, de muchas otras dudas y frustraciones difusas y tenaces.

La única armonía urbanística de Buenos Aires es que, como la mayoría de las ciudades americanas, está construida en damero, y que por lo tanto sus calles rectas, que se cortan cada cien metros, aunque cambien de nombre en la intersección de alguna avenida, se extienden sin ningún accidente desde donde uno está parado hasta que las borrona el horizonte; el resto de elementos urbanos es variedad, capricho, por no decir caos. De ahí que, en lo que refiere a la arquitectura, es lo sorprendente, lo inesperado, lo que atrae la mirada. La uniformidad gris de París, por ejemplo, depara al observador conjuntos equilibrados por una voluntad estilística, dada por las diferentes épocas que coexisten; y ciertas incongruencias recientes (aparte de los barrios marginales que resultaron de

la especulación inmobiliaria de los años 60 y 70) son voluntarias: Tour Eiffel, el Plateau Beaubourg, la pirámide del Louvre, son el resultado de un cálculo de ruptura que guarda, sin embargo, con el conjunto al que se oponen, cierta afinidad formal o conceptual; de ese modo, la pirámide del Louvre evoca el obelisco de la plaza de la Concorde y la colección egipcia del museo; y el Plateau Beaubourg, a pesar de la iconoclastia de sus materiales y de los colores vivos de la superficie exterior que contrastan con el gris generalizado, se pliega con mansedumbre a las normas vigentes en materia de proporciones. En Buenos Aires, la incongruencia es la norma. En cada cuadra, coexisten construcciones heterogéneas levantadas, o mantenidas, por los medios económicos, la destreza manual, la estética, y hasta el capricho de sus propietarios. Un edificio de veinte pisos se yergue, inverosímilmente estable, junto a una casa modesta, con un jardincito delante, que viene pidiendo una mano de pintura desde 1940, y que comparte su medianera con una casa de dos o tres plantas, construida a principios de siglo, a juzgar por las hornacinas, los angelotes y las molduras que se acumulan en su fachada. Aun en pleno centro, si bien con menos frecuencia, esa anarquía arquitectónica sigue siendo la norma. La rectitud de las calles es el único rigor que contiene, como un molde cuadrado una materia informe, esa variedad vertiginosa. Y si el conjunto, por emitir un juicio benévolo, carece de interés, el detalle sorprende, encanta y hasta maravilla a cada paso.

A causa de esta característica, el viajero, sentado en el asiento trasero del coche o junto a la ventanilla del colectivo, admirando un paisaje, no se abandona, distendido, a la contemplación apacible de un paisaje urbano que va desplazándose a los costados del vehículo, sino que, viendo atraída su atención por muchos llamados bruscos, aislados, sucesivos o simultáneos, está girando constantemente la cabeza, desplazándose en su asiento de una ventanilla a la otra, o tratando de fijar, a través de una última mirada por el vidrio trasero, alguna imagen fragmentaria —una figura, una

fachada, un jardín— que, a causa de su aparición imprevista y fugitiva, la ciudad le ofrece y le retira casi al mismo tiempo.

Esa mañana, mi intención era dejar atrás el centro para inaugurar mi estadía con una visita al río, de modo que, bajando hacia el este por la avenida Belgrano, el taxi dobló por la avenida 9 de Julio y empezó a rodar hacia el norte. Esta avenida merece que nos detengamos (metafóricamente desde luego, porque al taxi sólo los semáforos, y los embotellamientos, lo inmovilizan en forma provisoria) un momento a considerarla, no en tanto que realización urbanística, sino como síntoma: así como la avenida Rivadavia es la más larga, la 9 de Julio es *la más ancha del mundo*. Que la avenida es ancha, es innegable; que es la más ancha del mundo podría, aun careciendo de referencias comparativas, aceptarse como plausible; pero que hasta los provincianos más resentidos contra la hegemonía de Buenos Aires sobre el resto del país no puedan nombrarla sin agregar con orgullo desafiante que *es la más ancha del mundo*, revela una tendencia a la exaltación de lo nimio que podría deberse a la convicción inconsciente de una escasez penosa de cosas verdaderamente exaltantes. El inmenso obelisco de cemento que la adorna en la intersección de la avenida Corrientes no constituye para mí su atracción principal, sino los palos borrachos (*choricia speciosa*), con sus troncos inflados y espinosos de un verde claro, árboles de los que no he podido todavía, mediante la observación directa, deducir el ciclo de floración, ya que he visto ejemplares florecidos en diferentes épocas del año, junto a otros completamente pelados, como si existiese un individualismo en el reino vegetal, lo que confirma una anotación anterior en mi libreta de apuntes: “4 de abril. Av. 9 de Julio a las 11.45. En taxi. Palos borrachos florecidos (rosa, blanco, marfil). Acacias o tipas muy verdes todavía”.

En las ciudades del litoral —que el lector *no-idiota* tolere esta digresión pedagógica—, es decir, de las provincias que costean los ríos principales que confluyen para formar

el Río de la Plata, tres grandes árboles se disputan el estrellato estético cuando avanza la primavera, y florecen en este orden: el lapacho, cuyo nombre científico se me escapa, la acacia amarilla, lo bastante frecuente en Europa como para que el nombre latino que la identifica merezca ser mencionado, y el jacarandá o *jacaranda mimosifolia*, llenando, sucesivamente, los parques, las plazas y las avenidas, de flores rosa fuerte, amarillas, o lilas que cubren no solamente las copas de los árboles, en los que a veces ni siquiera hay hojas, sino sobre todo el suelo, de modo que en ciertas calles estrechas y arboladas se camina literalmente sobre una alfombra, de uno de esos colores, o a veces bicolor, ya que la floración de las acacias y de los jacarandaes es más o menos simultánea. En Caballito, las enormes acacias de la calle Pedro Goyena —a mi juicio, una de las más lindas de Buenos Aires— llenan la vereda y la calle, durante medio kilómetro, de una capa amarillo vivo, en tanto que la transversal que la corta, Del Barco Centenera —el primer poeta que cantó a la Argentina— opta, con abundancia idéntica, por el lila de los jacarandaes. Esta belleza es tan espectacular que aun los entes más insensibles la perciben, y en los años de la dictadura militar, entre 1975 y 1983, la más sangrienta de todas las dictaduras sangrientas que hemos padecido, la propaganda del régimen pretendía ocultar los crímenes atroces que perpetraba todos los días detrás de una cortina, no de humo, sino de evanescentes flores rosas, amarillas y lilas —lo que debería recordar a los ciudadanos que, en las sociedades autoritarias, todo es posible de anexión. A causa de esto, un contendor anónimo de la tiranía, forjó dos neologismos despectivos —lapachiento y jacarandoso— para calificar al país que los sediciosos en el poder pretendían exhibir en el extranjero.

Rodando hacia el norte, dejamos atrás el centro como habíamos previsto, después de costear el puerto —su construcción fue, como se dice, *toda una historia*—, salimos del estruendo de la ciudad y como el chofer, en un gesto ines-

perado de introspección, apagó la radio, nos internamos en el silencio relativo de la costanera, bastante vacía, durante doscientos o trescientos metros, de modo que recuperé, por algunos minutos, una atmósfera apacible, soleada y provincial que seguramente no duraría, pero que me permitió contemplar por primera vez el río con cierto abandono, la gran planicie inmóvil y vacía, incolora, ni siquiera brillante todavía, que, por rápido que fuéramos avanzando con el taxi, no cambiaba de aspecto, como si no hubiese el menor accidente en su superficie, única y uniforme, de modo tal que habiendo percibido una de sus partes, la totalidad hubiese podido darse por percibida —semejante en eso a la esencia del universo del que, si pudiésemos desentrañar una parcela, por mínima que fuese, podríamos considerar el conjunto como develado.

Al fin llegamos al Aeroparque, y como hay una saliente reducida, una especie de balcón que se interna un poco en el agua, consideré que se me ofrecía un buen punto de observación y le dije al conductor que parara, le pagué el viaje y me despedí de él. El lugar elegido presentaba a la vez ventajas artísticas y ventajas prácticas, ya que a unos pocos metros, cruzando la calle, estaba el aeropuerto, lo que me permitiría, en ese lugar relativamente desierto, cuando decidiese volver al centro o a Caballito, cruzar por el puentecito peatonal que une la orilla del río con el aeropuerto, y tomarme un taxi en la parada. En cierto sentido, ese lugar conecta el tiempo histórico en Argentina, ya que el río, que fue el escenario, el objeto de disputas, el símbolo y el epicentro o el origen de su pasado, ve su desenvolvimiento prolongarse en la era técnica con los aviones que despegan y aterrizan, efectuando cada vez una especie de curva ritual sobre sus aguas, a lo que hay que agregar, como un despliegue analítico de esos nexos histórico-temporales, la colección de viejos modelos de aviones exhibida como un museo al aire libre en los terrenos del aeropuerto. A esto habría que agregar que Aeroparque me es simpático también por razones

políticas, porque, durante una reciente intentona militar, los viajeros que se iban de vacaciones hicieron recular hasta la torre de control, con su sola indignación, a los sediciosos armados.

Así que me instalé en la saliente reducida y me puse a contemplar el río, la superficie lisa, sin una sola arruga, y, como decía hace un momento, incolora y vacía; no se veía, en toda esa planicie, un solo barco, una sola vela, una canoa, una isla, nada, ninguna otra cosa aparte de agua y cielo, a guisa, como diría el padre Cattáneo, *de un vastísimo mar*. Un calificativo frecuente para designarlo, forjado o quizá solo inmortalizado por el escritor Eduardo Mallea, y que se impone de inmediato a la mente, es el de inmóvil. Y únicamente al cabo de un momento, el observador se da cuenta de que, al alzar la vista hacia el horizonte, en la vaciedad singular de la extensión que se despliega ante sus ojos, falta también aquello que, en la configuración de todos los ríos, descansa la mirada y tranquiliza, completando la idea, el arquetipo de la noción misma de “río”: la orilla opuesta. En la parte más ancha de algunos grandes ríos como, sin ir más lejos, el Paraná (en idioma guaraní Padre de Ríos), también puede ocurrir que la orilla opuesta desaparezca, pero como en la mayor parte de su recorrido, las dos son visibles, la “forma” o la “idea” clásica de río se mantiene intacta en nuestra imaginación. En el Río de la Plata, esa familiaridad desaparece, y tendemos a representárnoslo sin forma precisa, propendiendo vagamente a lo circular. Esa impresión viene de la experiencia directa, cuando estamos contemplándolo, porque sus límites se confunden con la línea circular del horizonte, en tanto que en los ríos normales el horizonte *cae* detrás de la orilla opuesta.

Su forma verdadera, como tantas otras cosas en este mundo, difiere de su apariencia empírica y, tal como podemos verificarlo en cualquier mapa, se acerca mucho a la del escorpión, con la bahía de Samborombón (el nombre más rotundamente sonoro que conozco) y la bahía de Monte-

video que forman las pinzas, y el último tramo del río Uruguay formando la cola. Si muchos viajeros que en estas tierras encontraron, para decirlo con un eufemismo, destino —particularmente Juan Díaz de Solís, su descubridor, el más terrible de todos—, hubiesen tenido alguna idea de la forma que dormitaba en los confines del océano Atlántico, tal vez no se hubiesen aventurado con tanta desenvoltura por esta región desconocida, para ponerse a la merced de tan decididas tenazas. Pero podemos invertir el dibujo, interpretándolo esta vez en el sentido sureste-noroeste, y entonces aparece con claridad la silueta de un pene, con las dos bahías serviciales ya mencionadas figurando sin error posible los testículos, penetrando hacia el interior de la tierra, de la que la provincia de Entre Ríos contendría el útero, el vértice del delta el clítoris, y sus islas y la costa uruguaya respectivamente los labios grande y pequeño, en tanto que los ríos, riachos y arroyos, que se entrelazan al infinito en las inmediaciones y las líneas rojas de las redes viales y ferroviarias, las venas y las arterias que irrigan, viniendo del corazón y de los pulmones exhaustos de América del Sur —el Mato Grosso—, todo el sistema. Gaia, la tierra, nacida inmediatamente después del Caos y, sobre todo, antes que Eros, dejándose penetrar, como antes por Pontos, el mar masculino, su propio hijo, por Poseidón, para engendrar al gigante Anteo, que obligaba a los viajeros que pasaban por Utica a luchar contra él y después de exterminarlos ornaba con sus despojos el santuario de su padre.

Estas dos imágenes únicamente en apariencia son contradictorias. Mircea Eliade nos enseña que en no pocas mitologías, forjadas en las regiones más diversas del planeta, penetrar en el vientre de la Terra Mater es bajar vivo a las profundidades del infierno, y a menudo la gran diosa terrestre es representada como una mujer-cangrejo, dotada de pinzas gigantes, y que muchos ritos iniciáticos consisten justamente en afrontarlas simbólicamente, dejándose triturar por ellas para acceder a un nuevo nacimiento. De muchos

que, en años terribles, fueron repelidos por el vientre del monstruo, hacia el exilio temporario o definitivo, puede decirse que nacieron por segunda vez. Ese conducto estrecho que es la parte superior ha tenido y tiene, en la historia política, económica y social de la región, una posición y una mitología precisas, en las que se asigna a Buenos Aires un papel semejante al de Estila, el monstruo femenino de triste reputación, del que la parte inferior del cuerpo está formada de perros rabiosos que devoran todo lo que pasa a su alcance.

Como todo comienzo que se precie, el de este libro no hubiese podido prescindir de un reglamentario “*regressus ad uterum* que implica la transformación simbólica del candidato en embrión” (Eliade). Y, como en todo comienzo también, se me imponía la necesidad de una nada original, una tabla rasa que ningún otro objeto hubiese podido representar mejor que la superficie interminable y lisa que tenía ante mi vista y de la cual, a causa de la saliente de la costanera en la que estaba parado y que penetraba un poco en ella, tenía la impresión, no de estar contemplándola desde una orilla improbable, sino de hallarme en medio de ella, en algún mirador plantado dentro y no en las márgenes de su extensión incolora. Mientras venía en el taxi, tenía la esperanza de que la proximidad del río, su contacto visual, en razón del prestigio legendario de la experiencia, convocarían de inmediato no únicamente los hechos, las imágenes, los lugares y los hombres, sino también el ritmo, el orden y el sentido con el que deberían incorporarse a mi relato, pero al cabo de un rato de estar parado en mi balcón sobre el agua me resigné a comprobar que el paisaje seguía mudo y cerrado y refractario a toda evocación. Desde antes de salir de París me había imaginado anticipadamente en un lugar semejante, en una mañana semejante; lo que me representaba era igual a esos cuadros del Renacimiento divididos en dos planos horizontales, como la *Conversión de San Pablo*, de Miguel Ángel, la *Transfiguración* de Rafael, o la *Assunta*

de Tiziano (algunos fueron pintados casi en los mismos días en que Solís descubría el Río de la Plata), y que figuran en el plano inferior una escena humana y en el superior una divina. Tenía la esperanza de que, en algún punto despejado entre el agua y el cielo, se pusiesen a flotar las imágenes necesarias, pero es sabido que los espejismos de la esperanza son innumerables, de modo que después de quince minutos de buscar vanamente algún signo o algún llamado, una primera inscripción, a la que debían seguir muchas otras, en la tabla rasa de los comienzos, subí los escalones del puentecito peatonal, crucé la avenida, y adelantándome a un grupo de viajeros que llegaban de las diferentes provincias y que la puerta principal del aeropuerto dejaba pasar con docilidad en dirección a la calle, entré en un taxi y me volví para el centro.

La experiencia directa no había funcionado: tenía que resignarme a la erudición. Así va el mundo: la cosa parece próxima, inmediata, pero hay que dar un rodeo largo para llegar a rozarla, siquiera fugazmente, con la yema de los dedos. Nada de lo que nos interesa verdaderamente nos es directamente accesible. El cuerpo que suponemos desear es una superposición de proyecciones culturales inculcadas por el sistema tortuoso que quiere justamente impedirnos su goce; nuestro plato preferido, la única opción que nos deja un repertorio rígido canonizado por la costumbre. El pasado más remoto, la puesta de sol que estamos viendo o la naturaleza exacta de la punta de nuestra lengua, sólo tienen algún sentido o por lo menos alguna descripción plausible en algún capítulo o en algún volumen de una interminable biblioteca. Atrincherarse en lo empírico no aumenta el conocimiento, sino la ignorancia.

Mi amigo José Carlos Chiaramonte, historiador y director del Instituto Ravignani, institución de afables historiadores que depende de la Universidad de Buenos Aires, fue uno de los recursos principales de los que me pude beneficiar para suplir la ineficacia de la experiencia directa. Como la in-

roducción es tradicionalmente el lugar reservado a las excusas y a los agradecimientos, aprovecho la presente para recordarlo, así como a sus colaboradores, y expresarles mi gratitud. La bibliografía sobre el tema que me recomendaron ha sido la columna vertebral de mi pesquisa ulterior, y cierta librería de viejo de la calle Talcahuano, atendida por vendedores informados y eficaces, me dio la impresión de poseer en su bodega una cantidad inagotable de libros a mi disposición. La celeridad de su servicio aminoraba únicamente en el momento de decidir el precio de cada libro que, durante unos instantes de inmovilidad pensativa, me daban la impresión incómoda de haber encontrado en mi propia cara.

Pero la visita al Instituto Ravnani fue significativa no solamente a causa de la orientación bibliográfica indispensable —y de la conversación con José Carlos Chiaramonte, para quien el habitante de la pampa vivió prácticamente ignorando a sus ríos—, sino también porque coincidió con la tormenta más impresionante a la que me fue dado asistir en esas regiones. Tan impresionante que más de un lector podrá sospechar que, a causa de los riesgos de pintoquesismo —semejantes a los riesgos decorativos de toda obra pictórica— de la empresa en que me debato, me dejo tentar, temiéndome incapaz de despertar una curiosidad más elevada, por el color local. Enfrascados en sus archivos y en sus computadoras, los historiadores del Instituto —acribillado de innumerables goteras— no parecían haber percibido otra cosa que la lluvia torrencial, lo cual aumentaría las posibilidades de una magnificación subjetiva de mi parte, originada, no por mi inclinación a lo espectacular, sino por la búsqueda comprensible de motivos interesantes para mi libro por escribir. Pero eran los primeros días de diciembre de 1989, y por suerte un encuentro internacional de editores tenía lugar en Buenos Aires, con el fin de interesarlos en la difusión mundial de la literatura argentina, de modo que no se podía llegar a un bar, a una librería, a la presentación de un libro o a una fiesta, sin que inmediatamente uno se en-

contrara en plena conversación amistosa, tuteándose y compartiendo un sándwich o un vaso de vino con tres o cuatro editores, ingleses, americanos, españoles, alemanes, etc., como si los conociese no desde quince minutos antes, al haber traspuesto el umbral, sino desde la escuela primaria. Con dos o tres de ellos tuve oportunidad de evocar la tormenta, que, como los había sorprendido en la calle, los había impresionado tanto como a mí. Cualquiera de ellos podría corroborar mi relato, y las muchas muestras de discreción que dan en su tarea, en cuanto a los fines exclusivamente culturales de la misma, a los criterios rigurosamente artísticos que presiden la elección de las obras que publican, o en lo relativo a la sobriedad de las portadas, la exactitud de las presentaciones de contratapa, etc., le confieren una veracidad suplementaria a su testimonio.

Lo cierto es que el día dos o tres de diciembre de 1989, yo tenía cita en el Instituto Ravnani a las cuatro de la tarde, y como había vuelto de Santa Fe la noche anterior, estaba descansando en mi habitación en Caballito, en la penumbra, para preservar la frescura interior de la casa de los asaltos del calor de diciembre. Desde hacía varios días venía haciendo, como es usual en el mes de diciembre en la región, un calor intenso. Los grandes calores empiezan a mediados de noviembre y, si la lluvia se hace esperar, van en aumento, siempre por encima de los treinta y cinco grados, de modo que la temperatura puede alcanzar, e incluso superar, los cuarenta grados. A veces la humedad llega a los ochenta o noventa grados, y si a esto se suman la ausencia de viento y los factores de recalentamiento y de contaminación del aire propios de una gran capital, puede llegar a tenerse una idea aproximada de lo que es un mediodía caluroso de diciembre en la región pampeana. Cuando sopla viento en esa época, se trata en general del viento norte, caliente, que viene de la selva, y al que la tradición popular le atribuye un efecto negativo sobre el comportamiento, haciéndolo responsable de asesinatos, suicidios, incidentes violentos, ataques sú-

bitos de locura, etc. La luz del sol, que cae a pique sobre la llanura, sin que nada la intercepte, es ardiente y desmesurada. Todo es brillo, incandescencia y reverbero. La luminosidad es tan intensa que, alrededor de mediodía, se puede, desde cierta distancia, percibir claramente las vibraciones de algunos colores, particularmente del rojo, que hacen ondular el aire alrededor de las plantas florecidas. Yo afirmo del modo más enérgico y solemne —y si mi credibilidad, en tanto que autor de obras de imaginación, puede ser adscripta al campo de lo relativo, la de cualquiera de los editores internacionales presentes en Buenos Aires podría apuntalarla con su objetividad— que a las dos de la tarde, en medio del calor más insoportable, no se veía una sola nube en el cielo, ni en la cima de la cúpula centelleante ni en el horizonte grisáceo a causa de la bruma de calor. En los tiempos modernos, el Heliogábalo ultramontano de Artaud, que impuso a fuego y sangre los cultos solares en Roma, se ha diluido en una legión infinita de laicos, de la que formo parte y que, descartando los atributos divinos del astro máximo, se limitan a aprovechar, bajo la presión de la moda, su eficacia para el bronceado integral y sus virtudes sudativas. De modo que puedo afirmar la ausencia de nubes entre las dos y las dos y media, porque, según mi costumbre, subí a la terraza para tostarme y sudar un poco antes de pasar por la ducha. Ni nube ni rastro de celaje en todo el horizonte, no ya desde luego los *cumulo-nimbus* en forma de yunque algodonoso que se alargan a la vanguardia de la tormenta que se avecina, seguidos por su batallón de *cumulus congestus*, sino ni siquiera los *alto-cumulus* lenticulares o los *cirro-cumulus* anodinos como manadas de ovejitas que suelen preceder a los más problemáticos *cumulus humilis*. Nada. De modo que, mientras me duchaba, es decir a eso de las tres menos veinte, el ruido que escuché, semejante al de un trueno, me pareció el producto de una confusión auditiva debida al rumor de la ducha que perturbaba un poco las ondas sonoras que llegaban del exterior, dificultando su identificación.